

Thomas Merton



La lluvia
y el
rinoceronte



La lluvia y el rinoceronte, un libro diferente dentro de la línea de este gran autor, nos muestra a un Merton en toda la originalidad de su pensamiento y la fuerza de sus planteamientos. Una obra que el autor reconoce como su preferida porque «da en algunos blancos en los que en otra obra había fallado». En ella, se aparta de las respuestas tradicionales para ahondar en aquellas oscuras intuiciones que pueden orientarnos en la crisis que estamos viviendo. Intuiciones que no son consoladoras ni tienen un contorno definido con precisión, pero que pueden alertarnos llegado el momento, que pueden mostrarnos dónde está realmente el peligro.

Un libro que no es «bastante mayor como para poder acusar eficazmente a toda su época», pero que permite al autor manifestar su discrepancia y decir alguna palabra de esperanza.

Hoy día, el deber primero y quizá único del filósofo es defender al hombre contra sí mismo: defender al hombre contra esa extraordinaria tentación hacia la inhumanidad a que tantos seres humanos han cedido casi sin darse cuenta de ello.

GABRIEL MARCEL



La lluvia y el rinoceronte

PERMÍTASEME DECIR ESTO, antes de que la lluvia se convierta en un suministro público que se pueda planificar y distribuir por dinero. Eso lo harían los que no pueden comprender que la lluvia es una fiesta, los que no aprecian su gratuidad, los que creen que lo que no tiene precio no tiene valor, y que lo que no se puede vender no es de verdad, de modo que la única forma de hacer que algo sea *de verdad* es ponerlo en el mercado. Llegará el día en que nos venderán hasta nuestra lluvia. Por ahora, sigue siendo gratis, y estoy en ella. Celebro su gratuidad y su falta de significación.

La lluvia en que estoy no es como la lluvia de las ciudades. Llena los bosques con un ruido inmenso y confuso. Cubre de ritmos insistentes e inaferrables el techo plano de la cabaña y su porche. Y la escucho, porque me recuerda una y otra vez que el mundo entero corre con ritmos que todavía no he aprendido a reconocer, ritmos que no son los de los ingenieros.

Subí aquí anoche del monasterio, chapoteando por el maizal, dije Vísperas y me preparé avena para cenar, en el hornillo Coleman. Hirvió hasta rebosar mientras yo escuchaba la lluvia y tostaba un pedazo de pan en el fuego de troncos. La noche se puso muy oscura. La lluvia rodeaba la cabaña entera con su enorme mito virginal, todo un mundo de significación, de secreto, de silencio, de rumores. Pensadlo: tanto lenguaje chorreando, sin servir para vender nada, sin juzgar nada, empapando la gruesa cobertura de ho-

jas muertas, calando los árboles, llenando de agua los huecos y grietas de la madera, baldeando los sitios donde los hombres han pelado la ladera. ¡Qué cosa estar sentado aquí, absolutamente solo, en el bosque, de noche, mimado por este prodigioso lenguaje ininteligible, perfectamente inocente, el lenguaje más consolador del mundo, la charla que hace la lluvia por sí sola al rebosar por todos los bordes, y la charla de los regatos por todos los huecos!

Nadie la ha puesto en marcha y nadie la va a parar. Hablará mientras quiera, esta lluvia. Y mientras hable, voy a escuchar.

Pero también voy a dormir, porque aquí en esta soledad he aprendido otra vez a dormir. Aquí no soy ningún extraño. A los árboles los conozco, a la noche la conozco, a la lluvia la conozco. Cierro los ojos y al momento me hundo en todo el mundo de lluvia de que soy parte, y el mundo sigue adelante conmigo dentro, pues no soy un extraño en él. Soy extraño a los ruidos de las ciudades, de la gente, a la codicia de la maquinaria que no duerme, al zumbido de fuerza que devora la noche. No puedo dormir donde se desprecia a la lluvia, al sol y la oscuridad. No me fío de nada que haya sido fabricado para reemplazar el clima de los bosques o de las praderas. No puedo tener confianza en sitios donde primero se ensucia el aire y luego se limpia, donde primero se hace mortífera el agua y luego se la hace inofensiva con otros venenos. No hay nada en el mundo de los edificios que no esté fabricado, y si un árbol se mete entre los bloques de pisos por equivocación, se le enseña a crecer químicamente. Se la da una razón exacta para existir. Le ponen un letrero diciendo que es para la salud, la belleza, la perspectiva; que es para la paz, para la prosperidad; que lo plantó la hija del alcalde. Todo eso es mixtificación. La misma ciudad vive de su propio mito. En vez de despertar y existir en silencio, la ciudad prefiere un terco sueño fabricado: no quieren ser parte de la noche, ni ser simplemente del mundo. Han construido un mundo fuera del

mundo, contra el mundo, un mundo de ficciones mecánicas que desprecia a la naturaleza y sólo trata de usarla, impidiendo así que se renueve ella misma y qué se renueve el hombre.

Claro que la fiesta de la lluvia no puede ser detenida, ni aun en la ciudad. La mujer de la tienda sale corriendo por la acera con un periódico en la cabeza. Las calles, lavadas de repente, se ponen transparentes y vivas, y el ruido del tráfico se vuelve un salpicar de fuentes. Uno creería que el hombre urbano bajo un aguacero tendría que darse cuenta de la naturaleza en su humedad y su frescura, su bautismo y su renuevo. Pero la lluvia no trae renuevo a la ciudad, sino sólo al tiempo que hará mañana, y el brillo de las ventanas en los altos edificios no tendrá entonces nada que ver con el nuevo cielo. Toda «realidad» permanecerá dentro de esas paredes, sin saber dónde, contándose y vendiéndose con decisión increíblemente compleja. Mientras, los obsesos ciudadanos se zambullen en la lluvia soportando la carga de sus obsesiones, un poco más vulnerables que antes, pero aún apenas conscientes de las realidades externas. No ven que las calles tienen un hermoso fulgor, que ellos andan sobre estrellas y agua, que corren por cielos para alcanzar un autobús o un taxi, para cobijarse sin saber dónde, en la apretura de irritados seres humanos, de las caras de los anuncios y el estrepitoso ruido cretino de música sin identificar. Pero deben saber que por ahí fuera todo está mojado. Quizás hasta lo notan. No sé decir. Sus quejas son maquinales y sin espíritu.

Naturalmente, nadie puede creer las cosas que dicen de la lluvia. Todo ello supone una gran mentira básica: *sólo la ciudad es de verdad*. El tiempo que hace, no estando planificado, no estando fabricado, es una impertinencia, una verruga en el rostro del progreso. (Sólo una pequeña operación muy sencilla, y toda esa confusión se haría relativa-

mente tolerable. Que los negocios *hagan* la lluvia. Eso le dará significado).

Thoreau, sentado en su cabaña, criticaba los ferrocarriles. Yo, sentado en la mía, cavilo sobre un mundo que, bueno, ha progresado. Tengo que volver a leer *Walden*, a ver si Thoreau ya adivinaba que era parte de lo que creía que podría eludir. Pero no es cuestión de «escapar». Ni siquiera es cuestión de protestar de una forma muy audible. Aquí está la tecnología, hasta en la cabaña. Ciertamente que todavía no han llegado aquí los suministros, y tampoco la General Electric. Cuando los suministros y la General Electric entren del brazo en mi cabaña, sólo será por mi culpa. Lo reconozco. No estoy embromando a nadie, ni a mí mismo. Aguantaré en silencio sus falsas complacencias protectoras. Les dejaré creer que saben qué hago aquí.

Están convencidos de que *me divierto*.

Esto ya me lo ha hecho comprender, con una sacudida, mi farol Coleman. Hermosa lámpara: quema gas blanco y canta malignamente, pero lanza una espléndida luz verde, a la cual leo a Philoxenos, un ermitaño sirio del siglo vi. Philoxenos encaja con la lluvia y el festival de la noche. Sobre eso volveremos después. Mientras tanto: ¿qué me dice mi lámpara Coleman? (La doctrina Coleman está impresa en la caja de cartón que, con remordimientos, no he utilizado como debía, sino que he tirado al cobertizo, detrás de los leños de nogal). Coleman dice que la luz es buena, y tiene una razón: *Prolonga el día para dar más horas de diversión*. ¿No puedo estar en el bosque sin ninguna razón especial? Estar en el bosque, simplemente, de noche, en la cabaña, es algo demasiado estupendo para ser justificado o explicado. Es, simplemente. Siempre hay unas pocas personas en el bosque, de noche, bajo la lluvia (porque si no, se habría acabado el mundo) y yo soy una de ellas. No nos divertimos, no hacemos nada, no *prolongamos nuestros días*, y

si nos divirtiéramos, nuestra diversión no se mediría por horas. Aunque en realidad, eso parece ser el divertirse: un estado de difusa excitación que se puede medir con el reloj y «prolongar» con un artilugio.

No hay reloj que pueda medir el lenguaje de esta lluvia que cae toda la noche sobre el bosque inundado y solitario.

Por supuesto, a las tres y, media de la madrugada, el avión del Strategic Air Command pasa por encima, con la luz roja guiñando bajo las nubes, rozando las cimas boscosas del lado Sur del valle, cargado de medicina fuerte. Muy fuerte. Lo bastante como para quemar todos estos bosques y prolongar nuestras horas de diversión en eternidades.

Y eso me lleva a Philoxenos, un sirio que se divirtió en el siglo vi, sin recurrir a artefactos, y mucho menos a «deterren-tes» nucleares.

Philoxenos, en su novena *memra* (sobre la pobreza) a los que viven en soledad, dice que no hay explicación ni justificación para la vida solitaria, puesto que no tiene ley. Ser un contemplativo, por tanto, es vivir al margen de la ley, ser un proscrito. Como Cristo. Como Pablo.

Quien no esté «solo», dice Philoxenos, no ha descubierto su identidad. Parece estar solo, quizá, pues se experimenta a sí mismo como «individuo». Pero por estar voluntariamente encerrado y limitado por las leyes y las ilusiones de la existencia colectiva, no tiene más identidad que un niño gestándose en el vientre. Todavía no es consciente. Es extraño a su propia verdad. Tiene sentidos, pero no los puede usar. Tiene vida, pero no identidad. Para tener una identidad, ha de estar despierto y consciente. Pero para ser consciente, ha de aceptar la vulnerabilidad y la muerte. No por ellas mismas: no por estoicismo o desesperación, sino sólo por la invulnerable realidad interior que no podemos reconocer (que sólo podemos ser), pero a la que desperta-

mos cuando vemos la irrealidad de nuestra vulnerable cáscara. El descubrimiento de ese yo interior es un acto y una afirmación de soledad.

Ahora, si pensamos que nuestra vulnerable cáscara es nuestra verdadera identidad, si creemos que nuestra máscara es nuestro verdadero rostro, la protegeremos con fabricaciones, aun a costa de violar nuestra propia verdad. Ese parece ser el empeño colectivo de la sociedad: cuando más diligentemente se dedican a ello los hombres, con mayor certidumbre se convierte en una ilusión colectiva, hasta que al fin tenemos la enorme dinámica, obsesiva e incontrolable, de las fabricaciones proyectadas para proteger meras identidades ficticias —es decir, los «yo», considerados como objetos. Unos «yo» que se puedan echar atrás y verse divirtiéndose — (ilusión que les tranquiliza al convencerles de que son reales).

Tal es la ignorancia que se considera fundamento axiomático de todo conocimiento en la colectividad humana: para experimentarse a sí mismo como de verdad, uno tiene que suprimir la conciencia de su contingencia, su irrealidad, su situación de menesterosidad radical. Eso se hace creando una conciencia de uno mismo como si *no tuviera necesidades que no pudiera satisfacer inmediatamente*. En la base, esto es una ilusión de omnipotencia: una ilusión que la colectividad se arroga y accede a compartir con sus miembros individuales en proporción a cómo se sometan a sus fabricaciones más rígidas y centrales.

Uno tiene necesidades, pero si uno se porta bien y se adapta, puede participar en el poder colectivo. Entonces puede satisfacer todas sus necesidades. Mientras, para aumentar su poder sobre uno, la colectividad le aumenta sus necesidades. También aprieta su exigencia de conformidad. Así uno se compromete más con la ilusión colectiva en

proporción a cómo se deje hipotecar sin esperanza al poder colectivo.

¿Cómo funciona eso? La colectividad le configura y conforma a uno su voluntad de felicidad («de divertirnos») ofreciéndole imágenes irresistibles de sí mismo, tal como le gustaría ser: *pasándolo bien de un modo tan perfectamente creíble que no consienta interferencia de duda consciente*. En teoría, el pasarlo bien así puede ser tan convincente que uno ya no se dé cuenta siquiera de una posibilidad remota de que pudiera cambiarse en algo menos satisfactorio. En la práctica, la diversión cara siempre admite la duda, que florece en otra necesidad madura, que a su vez requiere un refinamiento de satisfacción aún más creíble y más caro, el cual a su vez, vuelve a fallarle a uno. El final del ciclo es la desesperación.

Porque vivimos en un vientre de ilusión colectiva, nuestra libertad no pasa de ser un aborto. Nuestra capacidad de alegría, de paz y de verdad nunca queda liberada. Nunca se puede usar. Estamos prisioneros de un proceso, de una dialéctica de falsas promesas y engaños auténticos que acaban en futilidad.

«El niño en gestación», dice Philoxenos, «ya es perfecto y plenamente constituido en su naturaleza, con todos sus sentidos y miembros, pero no puede usarlos en sus funciones naturales, porque, en el vientre, no puede fortificarlos ni desarrollarlos para tal uso».

Ahora bien, puesto que todas las cosas tienen su momento, hay un tiempo en que estar en gestación. En efecto, hemos de empezar en un vientre social. Pero hay también un tiempo en que nacer. El que ha nacido espiritualmente como identidad madura queda liberado del vientre circundante de mito y prejuicio. Aprende a pensar por sí mismo, ya no guiado por los dictados de la necesidad y por los sistemas y procesos trazados para crear necesidades artificiales y luego «satisfacerlas».

Esa emancipación puede tomar dos formas: primero, la de la vida activa, que se libera de la esclavización a la necesidad al considerar y atender las necesidades de los demás, sin pensar en intereses personales o compensaciones. Y, segundo, la vida contemplativa, que no ha de construirse como una escapatoria del tiempo y la materia, de la responsabilidad social y de la vida de los sentidos, sino más bien como un avance hacia la soledad y el desierto, un enfrentamiento con la pobreza y el vacío, una renuncia al Yo empírico, en presencia de la muerte y la nada, para superar la ignorancia y el error que provienen del temor de «no ser nada». El hombre que se atreve a estar solo puede llegar a ver que el «vacío» y la «inutilidad» que la mente colectiva teme y condena son condiciones necesarias para el encuentro con la verdad.

En el desierto de soledad y vacío es donde se ve que son ilusorios el miedo a la muerte y la necesidad de autoafirmación. Cuando se mira esto de frente, la angustia no siempre queda vencida, pero puede ser aceptada y comprendida. Así, en el corazón de la angustia se encuentran los dones de paz y comprensión: no simplemente en la iluminación y la liberación personales, sino en el compromiso y la comprensión, pues el contemplativo debe asumir la angustia universal y la situación ineludible del hombre mortal. El solitario, lejos de encerrarse en sí mismo, se hace a todos los hombres. Reside en la soledad, la pobreza, la indigencia de todo hombre.

En ese sentido es como el ermitaño, según Philoxenos, imita a Cristo. Pues en Cristo, Dios asume para Sí mismo la soledad y el abandono del hombre. Desde el momento en que Cristo salió al desierto a ser tentado, la soledad, la tentación y el hambre de todos los hombres se convirtieron en la soledad, el don de verdad con que Cristo dispuso los tres tipos de ilusión que se le ofrecían en la tentación (seguridad, reputación y poder) pueden llegar a ser también nuestra verdad, con tal que lo sepamos aceptar. Se nos ofrece

también en la tentación. «También tú, sal al desierto», dice Philoxenos, «sin llevar contigo nada del mundo, y el Espíritu Santo irá contigo. Mira la libertad con que salió Jesús, y sal como Él, mira dónde ha dejado la ley de los hombres: deja la ley del mundo donde Él la dejó, y sal con Él a luchar contra el poder del error».

¿Y dónde está el poder del error? Encontramos que, después de todo, no estaba en la ciudad, sino en nosotros mismos.

Hoy día, lo que intuyó un Philoxenos se ha de buscar menos en los tratados de los teólogos que en las meditaciones de los existencialistas y en el Teatro del Absurdo. El problema de Berenguer, en el *Rinoceronte* de Ionesco, es el problema de la persona humana abandonada y sola en lo que amenaza llegar a ser una sociedad de monstruos. En el siglo vi, Berenguer quizás habría podido marcharse al desierto de Scete, sin preocuparse mucho por el hecho de que todos sus conciudadanos, todos sus amigos y hasta su amante Daisy se convirtieran en rinocerontes.

El problema hoy día es que no hay desiertos, sino sólo ranchos postizos.

Las islas desiertas son lugares donde los malvados personajillos de *El Señor de las Moscas* se encaran con el Señor de las Moscas, forman una pequeña y apretada colectividad feroz de caras pintadas, y se arman con jabalinas para cazar al último miembro de su grupo que todavía recuerda con nostalgia las posibilidades de discurrir racionalmente.

Cuando Berenguer, de repente, se encuentra con que es el último ser humano en un rebaño de rinocerontes, se mira al espejo y dice, con bastante humildad: «Después de todo, el hombre no está tan mal, ¿eh?». Pero ahora su mundo se agita fuertemente con la estampida de sus conciudadanos metamorfoseados, y pronto se da cuenta de que esa misma estampida es el más elocuente y trágico de los argu-

mentos. Pues cuando piensa en salir a la calle «a tratar de convencerles», se da cuenta de que «tendría que aprender su lengua». Se mira al espejo y ve que *ya no se parece a nadie*. Busca locamente fotografías de la gente como era antes del gran cambio. Pero ahora la humanidad misma se ha vuelto increíble, a la vez que horrible. Ser el último hombre en la manada de rinocerontes, en efecto, es ser un monstruo.

Tal es el problema que nos plantea Ionesco con su trágica ironía: la soledad y la discrepancia se hacen cada vez más imposibles, cada vez más absurdas. Que Berenguer acabe por aceptar su absurdo y se precipite a desafiar a la manada entera no hace más que subrayar la inutilidad de un empeño de rebelión. Al mismo tiempo, en *El Nuevo Inquilino (Le Nouveau Locataire)*, Ionesco describe el absurdo de un individualismo lógicamente coherente que, en realidad, es un aislamiento de sí mismo con la seudológica de las necesidades y posesiones en proliferación.

Ionesco protestó que el montaje del *Rinoceronte* en Nueva York como farsa era un malentendido total de su intención. Es una obra no sólo contra el *conformismo* sino sobre el *totalitarismo*. El rinoceronte no es una bestia amable, y cuando anda por ahí se acaba la diversión y las cosas empiezan a ponerse serias. Todo tiene que tener sentido y ser totalmente útil para la operación totalmente obsesiva. Al mismo tiempo, se criticó a Ionesco por no dar al público «algo positivo» que llevarse a casa, en vez de «rechazar la aventura humana». (¡Seguramente la «rinoceritis» es lo último en la aventura humana!). Él contestó: «[Los espectadores] se marchan en un vacío, y ésa era mi intención. Al hombre libre le toca salir de ese vacío por su propia fuerza y no por la fuerza de otros». En eso, Ionesco se acerca mucho al Zen y al eremitismo cristiano.

«En todas las ciudades del mundo, es lo mismo», dice Ionesco. «El hombre universal y moderno es el hombre precipitado (o sea, el rinoceronte), un hombre que no tiene tiempo, que es prisionero de la necesidad, que no puede entender que *una cosa podría quizá no tener utilidad*, ni comprende que, en el fondo, lo útil es lo que quizá sea una carga inútil y abrumadora. Si uno no entiende la utilidad de lo inútil y la inutilidad de lo útil, no puede entender el arte. Y un país donde no se entiende el arte es un país de esclavos y de robots...» (*Notes et Contre Notes*, p. 129). «La rinoceritis», añade, «es la enfermedad que acecha a *las que han perdido el sentido y el gusto de la soledad*».

El amor a la soledad a veces se condena como «odio al prójimo». Pero, ¿es verdad eso? Si llevamos un poco más allá nuestro análisis del pensamiento colectivo encontraremos que la dialéctica del poder y la necesidad, de la sumisión y la satisfacción, acaba siendo una dialéctica del odio. La colectividad no sólo necesita absorber a todo el que pueda, sino también, implícitamente, odiar y destruir a todo aquel que no pueda ser absorbido. Paradójicamente, una de las necesidades de la colectividad es rechazar a ciertas clases, o razas, o grupos, para fortalecer su propia conciencia de sí misma odiándolas en vez de absorbiéndolas.

Así el solitario no puede sobrevivir mientras no sea capaz de amar a todos, sin importarles el hecho de que probablemente le consideren todos como un traidor. Sólo el hombre que ha alcanzado plenamente su propia identidad espiritual puede vivir sin necesidad de matar, y sin necesidad de una doctrina que le permita matar con buena conciencia. Siempre habrá un sitio, dice Ionesco, «*para las conciencias aisladas que se hayan levantado a favor de la conciencia universal*» así como contra el ánimo de la masa. Pero su lugar es la soledad. No tienen otro. Por eso, es el soli-